

Capítulo 59: ¿Quién soy yo?

"Esto fue tan... aburrido", murmuró, sintiendo la amargura de matar a un oponente con un solo golpe.

La fuerza solitaria y egocéntrica que corría por sus venas mientras desataba otro corte... Era simplemente banal y tedioso... Se sentía como si le hubiera robado algo a alguien, alguien que ni siquiera era parte de su ser.

'Los linajes nos moldean... un demonio nacido de un linaje tiene una vida predestinada... Entonces, ¿quién soy yo?' Su primera pregunta surgió.

«Poder... tener poder... ¿Qué me hace desearlo tanto?», reflexionó Vergil mientras el mundo a su alrededor parecía un apocalipsis.

Las mujeres a su alrededor peleaban, o mejor dicho, jugaban con los demonios... No había una razón real para pelear aquí; era solo una pequeña fracción de tiempo roto que estaban usando para entretenerse... Pero...

¿Por qué no lo disfrutaba como ellos?

Roxanne sonrió y gritó mientras hacía girar a los demonios, arrancándoles las extremidades y usándolos como armas brutales.

Ada se quedó quieta, controlando ríos de sangre mientras perforaba todo a su alrededor con agujas hechas de sangre pura.

Y luego estaba Katharina...





"¡KAKAKAKA ARDE, DEMONIOS, KAKAKAKA ARDE POR MÍ, TU SEÑORA, ARDE!"

Su risa resonó en todo el campo de batalla mientras olas de fuego demoníaco envolvían los cuerpos de las criaturas que la rodeaban.

Su piel estaba teñida por las llamas ardientes que brotaban de sus manos, y su alegría al ver a los demonios consumidos por el fuego era casi infantil en su intensidad.

Ella gritó, saltó, giró, completamente perdida en la destrucción que causó.

Vergil observaba a los tres con una mezcla de fascinación y desapego. Se lo estaban pasando bien.

Cada uno de ellos encontraba placer en la violencia, en la lucha, en la destrucción. Pero él... él no sentía nada de eso.

Donde ellos veían diversión, él solo veía un vacío profundo. No había satisfacción en aplastar a enemigos débiles. No había alegría en superar una pelea fácil.

¿Por qué no lo disfrutaba como ellos?

Esa pregunta lo carcomía por dentro. Era como si algo le faltara en el alma, algo que no podía llenar por muy poderoso que se volviera. La lucha, que debería haber sido la cumbre de su existencia, se estaba convirtiendo en una carga.



La muerte, que debería haberlo entusiasmado, no fue más que otro recordatorio de su propia falta de propósito.

Vergil apartó la mirada de las mujeres y la dirigió hacia el horizonte. El campo de batalla parecía extenderse infinitamente, cada vez más lleno de demonios.

Siguieron viniendo, sin cesar, pero nada cambió. La sensación de estar atrapado en una rueda de destrucción sin fin lo asfixiaba.

Se sentía como si estuviera atrapado en un ciclo interminable, donde la única constante era la violencia y la sangre derramada.

El aburrimiento lo golpeó con una fuerza aplastante.

"¿Esto es todo?", preguntó en voz alta, aunque sabía que nadie respondería.
"¿Esto es todo lo que hay para mí?"

Sus pensamientos se volvieron más profundos, más introspectivos. Miró su mano, símbolo de su fuerza, y por primera vez, se preguntó si eso realmente lo definía.

Siempre había creído que la fuerza física lo era todo, que la capacidad de ganar batallas era el único camino a la grandeza. Pensaba así al convertirse en demonio, quizás un reflejo de la persona en la que alguna vez soñó convertirse, amplificada por el poder de su transformación.

Pero ahora, esa creencia parecía hueca.





Recordó su infancia, cuando aún era un niño, mirando el mundo con curiosidad y esperanza. Había algo dentro de él que lo movía, un fuego que lo impulsaba a crecer, a ser más. Pero ese fuego, de alguna manera, se había extinguido con los años.

'Necesito...algo más.'

Finalmente lo admitió. El poder no le bastaba. La fuerza no le bastaba. Necesitaba algo más, algo que le diera sentido a su existencia. ¿Pero qué? ¿Qué podría llenar ese vacío?

Su mirada volvió a las mujeres. Parecían tan... libres. Cada una parecía haber encontrado un propósito en su locura, en su violencia. Roxanne, con su sádico placer en la batalla; Ada, con su control casi artístico sobre la sangre; Katharina, con su devoción insana por el fuego. Cada una tenía algo que la impulsaba, algo que las impulsaba más allá del mero deseo de poder.



¿Pero Vergil? Él no tenía nada de eso. Solo tenía la vana aspiración de ser el más fuerte, y ahora empezaba a darse cuenta de lo inútil que era. La verdadera fuerza no consistía solo en aplastar enemigos, sino en tener algo por lo que valiera la pena luchar, algo que diera sentido a la batalla.

Inhaló profundamente, sintiendo el aire pesado del campo de batalla llenar sus pulmones. Su cuerpo aún estaba inundado de poder, pero su mente estaba más despejada que nunca.

"Necesito encontrar mi propio camino", susurró para sí mismo.

Suspiró una vez más y pensó en aquella mujer que acababa de conocer... "¿Tú también eres así, Zafiro?" murmuró para sí mismo, y una sonrisa se extendió por su rostro, traviesa como la de un demonio.

Dientes parecidos a los de un tiburón aparecieron en su boca, su transformación se hizo más pronunciada a medida que se elevaba hacia los cielos...

Algo dentro de Vergil estaba cambiando.

Sintió que su cuerpo vibraba, cada célula latía con una energía primigenia. Y entonces, sin previo aviso, sintió que algo le arrancaba la espalda.

El dolor era intenso, pero al mismo tiempo era liberador.

De repente, unas enormes alas brotaron de la carne de su espalda, expandiéndose rápidamente hasta alcanzar una envergadura impresionante.

Las alas de Vergil eran monstruosas, cada una de casi doscientos metros de ancho. Eran negras como la noche, cubiertas de una textura densa y escamosa que recordaba al cuero de murciélago. Las puntas afiladas de las alas parecían capaces de cortar el aire, con patrones oscuros que brillaban tenuemente, como si consumieran la luz a su alrededor.

En el suelo, las tres mujeres que luchaban contra los demonios se quedaron congeladas por un momento.

Roxanne, que había estado inmersa en su furia sádica, dejó de girar y arrancar las extremidades de sus enemigos, sus ojos se abrieron mientras observaba la transformación de Vergil.

"¡Mierda!" Roxanne dejó de fingir ternura y gritó.





Ada, que había estado manipulando ríos de sangre con una precisión casi quirúrgica, detuvo sus elegantes movimientos, sus manos se congelaron en el aire mientras miraba al cielo, con una mezcla de sorpresa y asombro en sus ojos.

"¿Q-qué es eso?" tartamudeó Ada.

Katharina, consumida por su locura pirotécnica, detuvo su risa demencial. Las llamas que habían envuelto a docenas de demonios a su alrededor comenzaron a disminuir mientras alzaba la vista al cielo y veía a Vergil, ahora una figura verdaderamente infernal, volando sobre el campo de batalla.

—¡Por fin, maldita sea! ¡Estaba esperando esto! —gritó, pues tenía una información especial que su madre le había dado.

Desde el suelo, el espectáculo que presenciaron fue nada menos que aterrador y magnífico.

Virgilio, ahora suspendido en el aire, extendía sus enormes alas demoníacas a su alrededor. Sus alas eran tan grandes que casi tapaban el sol, proyectando una sombra opresiva sobre el campo de batalla. Era como si se hubiera convertido en una fuerza de la naturaleza, algo incontrolable e indomable.

El cielo, una vez despejado, comenzó a oscurecerse, como si el mundo mismo reaccionara a la presencia de Vergil.

El aire a su alrededor parecía vibrar con la intensidad de su aura, distorsionando el espacio mismo.



Los demonios, que habían estado atacando con ferocidad y salvajismo, comenzaron a dudar.

Sus rostros grotescos se contorsionaron por la confusión y el terror.

Muchos simplemente dejaron de luchar, con la cabeza vuelta hacia el cielo, incapaces de comprender la magnitud del ser que ahora flotaba sobre ellos. El campo de batalla, antes un escenario de caos desenfrenado, se convirtió en un silencio tenso e inquietante, roto solo por el lento y deliberado aleteo de las enormes alas de Vergil.

-oficial

"Así que, como querían... mueran todos", dijo Vergil con una sonrisa maliciosa. "Si puedo acabar con esto de un solo golpe, que así sea", declaró.

En el momento en que esas palabras salieron de su boca, el cielo sobre Vergil comenzó a torcerse.

Con un movimiento amplio de sus manos, apareció una vasta red de cortes: una malla intrincada y mortal, reluciente de energía demoníaca. Cayó sobre el campo de batalla como una tormenta de espadas, cada hebra de la red más afilada que el acero. Los demonios que se encontraban abajo no tenían defensa. Apenas tuvieron tiempo de procesar el terror antes de que su destino quedara sellado.

Los cortes atravesaron el ejército enemigo con una velocidad aterradora, destrozándolos en pedazos.





Era como si el aire mismo se estuviera tejiendo en cuchillas. La sangre brotaba de todas direcciones, miembros cercenados en un abrir y cerrar de ojos, cuerpos desintegrándose en una grotesca lluvia roja.

El suelo, antaño rebosante de vida y salvajismo, ahora estaba consumido por una masacre sin igual. Cada demonio, sin importar su fuerza o resistencia, fue descuartizado con precisión y fatalidad.

La escena que se desarrolló no fue solo una batalla: fue una ejecución en masa, orquestada por una fuerza imparable.

El silencio que siguió fue profundo. Donde antes se oía el rugido de la guerra, ahora solo se oía el sonido de la carne desgarrándose y el viento que traía el aroma metálico de la sangre fresca.

—Oh... me excedí —murmuró Vergil.

"¡Bastardo, me has robado la presa!" gritó Katharina, lanzando una bola de fuego a sus enormes alas.

"¿Eh? Ah... Fue mi culpa...", respondió, casi con pereza, como si la carnicería que se desarrollaba abajo no tuviera importancia.

